

# El Valor de la Verdad



Por José Rivarola Acebal

Saber quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos, es lo mismo que saber cuáles son nuestras reales posibilidades. Debiera ser el punto de partida de cualquier política seria.

Frente al sofisticado sistema de los servicios de inteligencia de las grandes potencias y de su enorme desarrollo bélico, nadie, consciente, puede pensar o soñar en competir con ellas. Nuestras fuerzas armadas carecen por tanto de objetivo propio.

Quien fabrica y vende armas está, por lógica, fabricando guerras; con ellas logran empequeñecer, dividiendo y dominar, empobreciendo.

A partir de allí nadie se sorprende al comprender que somos "manejados".

También los políticos se han quedado sin objetivo propio, o mejor, lo han perdido. Suponen que sin una ruptura radical con "nuestros benefactores" -no importa del color que sean- se pueda competir, oponerse o negociar.

Aunque nos cueste aceptarlo, los países del tercer mundo que pretenden vivir en democracia creen elegir, porque votan, pero no es así. Y cuándo en el juego teatral de las urnas alguna hada traviesa logra resultados que a los países dirigidos desagrada, los elegidos terminan derrotados o muertos. Sólo los que bailan al compás de la música que ellos ejecutan, perduran y

hasta -a veces- democráticamente reelegidos, períodos tras períodos. No se requiere una gran agudeza para detectar los hechos:

Si alguna vez tomamos en serio el ideal de liberarnos, corremos, nadie lo dude, el riesgo de ser avasallados. El pretexto, ya lo inventarán. ¿Pero qué perdemos? ¿No estamos, y desde hace mucho, dominados?

Si la libertad, de hecho, pasa por la libertad económica, jamás la lograremos invirtiendo en "chatarra", porque es lo superado lo que nos venden hipotecándonos hasta las raíces. O cuando invierten o dan crédito no es para lo que necesitamos, sino para lo que necesitan.

Alguna vez las armas sirvieron para defender la soberanía: en los países pobres sirve para perderla progresivamente. Miles de millones de dólares se paralizan y se invierten para la estructura de las fuerzas armadas y nunca estarán en condiciones para competir, salvo para enfrentarse con su propio hermano. Renunciemos a la guerra, renunciemos a los créditos interesados. Se nos da para empobrecernos. Eso no es ser cobardes, sino inteligentes. Hay otra forma de ser grandes. Somos capaces, somos creativos. Debemos volver sobre nosotros mismos.

Nuestra pobreza actual se nutre de gastos inútiles: de un estado grande para un país chico; de la

falta de creatividad, de la ausencia de fuentes de trabajo; de un anhelo infantil de parecernos a otros en vez de ser nosotros mismos.

Recursos no nos faltan. Son más que suficientes para una población exigua.

Aprovechar estos recursos supone una moralidad y un patriotismo que hace tiempo perdimos, o quizás nunca tuvimos. Educar es la salida; no con discursos, sino con hechos. Ser leales; vivir a cara descubierta. Volvemos intocables no por la fuerza de las armas, sino por el testimonio de vida. Ejemplos como el de Gandhi han demostrado al mundo su eficacia.

